

en las obras de Fernán, sólo demuestran la incorregible ceguera de los que, teniendo de vidrio su propio tejado, se entretienen en arrojar piedras al ajeno <sup>4</sup>.

<sup>4</sup> La novela de costumbres reviste nueva y curiosa faz en la *Vida y hechos de Gil Pérez de Marchamalo* (Madrid, 1866, dos volúmenes), remedo arqueológico, en la forma, del antiguo género picaresco, cuyos moldes utilizó D. Juan Federico Muntadas para una sátira política. Gil Pérez de Marchamalo, reencarnación del héroe de Lesage, es la *vera efigies* del advenedizo sin escrúpulos que suple con la audacia la ausencia de toda buena cualidad, y asciende á las alturas del Ministerio pasando por todas las bajezas. Al personaje ideado por Muntadas le sobran, aun con relación á ciertos originales en que parece inspirado, algunos dedos de talla intelectual, y además el sincero arrepentimiento con que conoce y deplora sus extravíos.



## CAPÍTULO XVI

## CUENTOS Y NARRACIONES CORTAS

Un hyroniano rezagado (M. de los Santos Alvarez), Antonio de Trueba, Carlos Rubio, E. Bustillo, Ros de Olano, Ruiz Aguilera, Hartzenbusch, Castro y Serrano, Fernández Bremón, Coello, García Cadena, Campillo, el Padre Muiños, F. Flórez, López Valdemoro, etc.

EL cuento, flor que tan espontáneamente brota en la selva de los pueblos primitivos como en los pensiles de las civilizaciones adultas, murió entre nosotros con las frialdades académicas del siglo XVIII, y no llega á renacer en toda la época romántica, aunque en contra se citen las escasas demostraciones que dió de sí en tal ó cual novelista de fama.

De *Cuentos en prosa* calificó Miguel de los Santos Alvarez sus *Tentativas literarias* <sup>1</sup>, entre las cuales nos encontramos con *La protección de un sastre*, relación humorística que data ya del año 1840, y con las posteriores y del mismo cuño, *Amor paternal*, *Gaceta sentimental de 12 de Septiembre de 1863*, *Agonías de la Corte*, *El hombre sin mujer*, etc. Aquella mezcla de

<sup>1</sup> Reimpresas con este mismo título en la *Biblioteca Universal* (tomos CXIX y CXX). Madrid, 1888.

frivolidad y misantropía, que nos sorprende en el *Don Juan*, de Byron, en *El diablo mundo*, de Espronceda, y en el poema *María*, de nuestro autor, hace también de estos *Cuentos en prosa* un manjar agridulce, un panorama tragicómico de la vida, en el que la desgracia y el dolor visten de arlequín, y hasta la muerte agita en su mano cascabeles bufos. Las historietas referidas por Alvarez son hijas de un espíritu amargado por la triste experiencia, encarnaciones del escepticismo superficial que no ve en todas partes sino el triunfo del mal bajo múltiples formas. *La protección de un sastre* nos presenta la historia de dos hermanos jóvenes y desheredados, para quienes la ilusión del amor está á punto de hacerse imposible por la indigencia en que se ven sumidos. Uno de ellos, Rafael, está prendado de una muchacha rica, cuya mano cree perdida hasta que cierto coronel viejo le propone un sistema admirable para salvar la situación: el de acudir á un sastre de confianza que le vista á la última moda y de fiado. Con esto, no sólo se logra el matrimonio de Rafael, sino también el de su hermana con un título de Castilla. Pero he aquí que se muere aquélla inopinadamente y se acaba la dicha de los personajes de la novela. «Un sastre dió la felicidad á Rafael—exclama el autor.—¡Tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre! ¡Pobre género humano! Eso que llamas felicidad es una cosa que puede deberse á cualquiera; pero la verdadera felicidad sólo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres; cuando Él quiere que uno sea feliz, le hace tonto, y se concluyó.» Así suelen resultar las salidas de tono con que van matizados los cuentos de Alvarez, chistes en que la gracia y el sabor castizo de la frase van de la mano con la exageración sistemática, y tal vez con la blasfemia.

Si con alguna de estas obrillas se suman la traducción de Hoffmann hecha por D. Cayetano Cortés,

biógrafo y editor de Larra, las leyendas en prosa de Enrique Gil, González Pedroso, Bermúdez de Castro (D. José) y el Marqués de Molins, tendremos reunido todo el caudal de nuestra literatura en tan rica materia, hasta que, junto con *El libro de los cantares*, que marca la restauración de la poesía popular, aparecieron otros en prosa y del mismo autor, encaminados á reproducir é imitar las variadas y pintorescas narraciones que al amor de la lumbre ó á la claridad de la luna entretienen la curiosidad de los niños y los viejos.

Antonio de Trueba <sup>1</sup> nació con la más ardiente y decidida vocación para el género, y con todas las dotes que exige: alma impresionable y soñadora, delicadeza,

<sup>1</sup> En las *Notas autobiográficas* que publicó poco antes de su muerte (*La Ilustración Española y Americana*, 30 de Enero de 1889) afirmaba lo que transcribo á continuación como dato de testigo irrecusable: «Mi partida de bautismo dice que nací en la Nochebuena de 1819; pero tengo razones particulares, que omito hasta por la futilidad del asunto, para creer que soy un año ó dos menos viejo. El lugar de mi nacimiento fué Montellano, feligresía del concejo de Galdamés, en las Encartaciones de Vizcaya...» A la edad de quince años fué enviado por sus pobres y honradísimos padres á Madrid, donde se colocó en un comercio de ferretería, hurtando al sueño y á las ocupaciones todo el tiempo que podía para dedicarlo á la lectura. Desde 1845 comenzó á insertar algunos versos en los periódicos, y poco después á ganar el pan con el producto de su pluma. En 1853 entró en la Redacción de *La Correspondencia Autógrafa de España*, permaneciendo allí nueve años, durante los cuales daba á luz sus más famosos libros de cuentos. Para entonces había casado ya con doña Teresa de Prado, que fué hasta su muerte (1883) la dulce y santa compañera de dolores y alegrías del poeta. En 1862 fué agraciado con el nombramiento de Archivero y Cronista del Señorío de Vizcaya, donde residió Trueba diez años, querido de todos sus paisanos, y feliz con los goces purísimos del hogar y la realización de los sueños de su infancia. Las revueltas políticas hicieron que se privase á Trueba del primero de aquellos cargos, obligándole á dejar su suelo natal y á vivir en la corte desde 1872 á 1874. La abolición de los fueros vascongados hirió á su constante defensor en el más profundo de sus sentimientos, y puso á dura prueba la fidelidad que siempre había guardado á doña Isabel II y á su hijo D. Alfonso. En el último periodo de su vida (1874-1889) no cesó Trueba de escribir, siendo fruto de su laboriosidad numerosos libros y más numerosos artículos de todas especies, insertos en los periódicos de Bilbao y en *La Ilustración Española y Americana*, á la cual envió su mencionada autobiografía dos meses antes de morir.

ternura é intensidad de sentimientos, candidez ingenua y como de niño, amor inagotable y vehemente hacia aquella bendita región, cuya belleza ha sabido trasladar tan primorosamente á sus narraciones. Su patria le saludó con satisfacción y orgullo apenas pudo conocer las hermosas páginas que le iba consagrando su pintor y su poeta; España toda supo discernirle de la turbamulta que con él vino á mezclarse tumultuosamente, y allá en las naciones que sólo nos mencionan para mofarse de nuestras glorias, donde se desconoce por completo nuestra literatura, y señaladamente la moderna, se leyeron con avidez los humildes cuentos de *Antón el de los cantares*, lo mismo que las novelas de la inolvidable Fernán Caballero. Juntos compartían el favor del público y el aplauso universal, sobre todo en el decenio anterior á la revolución de Septiembre; pero la moda, que es inexorable en sus fallos é injusticias, aspira á destronar poco á poco el nombre de Trueba, sin que falten en este concierto de oposición voces muy respetables y autorizadas <sup>1</sup>.

Las acusaciones son tan varias como caprichosas, y es preciso examinarlas bien para que quede en su puesto la verdad. Comencemos por la crítica que servirá de fundamento á la defensa.

Una de las excelentes cualidades que en Trueba se admiran es la fecundidad <sup>2</sup>, no estéril como en tantos otros, sino siempre igual á sí misma, dócil é incansable ayuda del ingenio. Hermanos de padre, hijos del corazón más que de la inteligencia, estos libros son

<sup>1</sup> Siento tener que incluir en este número al insigne M. Peláyo, que, si bien de paso y como al desgaire, ha dejado soltar algunas frases muy significativas en el Prólogo á las *Obras completas* de su paisano D. J. M. de Pereda.

<sup>2</sup> He aquí los títulos de algunas de sus obras: *Cuentos de color de rosa* (1859), *Cuentos campesinos* (1860), *Cuentos de varios colores*, *Cuentos populares*, *Nuevos cuentos populares*, *Narraciones populares*, *Cuentos de vivos y muertos*, otros incluidos en *La Familia Cristiana*, *El gabán y la chaqueta* (1872), *Mari-Santa* (1874), *Madrid por fuera* (1878), etc.

tan unos en el objeto y en la forma, de tal modo reflejan los mismos sentimientos y aspiraciones, que juzgar el primero que se nombre es juzgar á los demás. Sólo una línea divisoria pudiera trazarse que separara las narraciones genuinamente vascongadas de las que presentan carácter más abstracto y universal. Esta separación no pasa de recurso metódico, porque en la realidad no está tan definida y terminante.

Trueba fué antes que nada el felicísimo intérprete de un gran pueblo, donde viven todas las virtudes domésticas y patriarcales, todo el aliento de una raza virgen é indomable, todos los tesoros de la vida cristiana en su más alto grado de pureza. Él, que los conocía como pocos, que respiró aquellas auras de suave y delicado perfume, supo también comunicar con la magia de la descripción y el entusiasmo las emociones de su alma, y ha inmortalizado los lugares donde se deslizó su infancia, los valles risueños, las casitas blancas, el insuperable conjunto formado por la hermosura de la naturaleza, unida á la hermosura moral. El afecto casto, ideal y purísimo de los amantes y esposos; la tranquilidad plácida é inalterable del hogar doméstico; la sencillez y el pudor, todo lo que transforma y ennoblece, ése es el patrimonio de aquella privilegiada raza, ésos los elementos que componen las relaciones de Trueba, cautivando insensiblemente la curiosidad y la simpatía. Al ver á aquellos ancianos, cándidos é inocentes como niños; á aquellas madres, tan ricas de amor y de lágrimas; á aquellos jóvenes que casi desconocen los caminos de la disolución, con su eterna alegría y sus patriarcales regocijos, no hay corazón que no se conmueva ni frente que no se incline. La felicidad, que tan mal se remeda en las grandes metrópolis del lujo y la ostentación, vive escondida en el despreciado recinto de esas aldeas, en esos corazones cerrados á la ambición y al crimen. Semejantes escenas no se fingen, ni se pintan sin ha-

berlas visto; hay aquí algo tan natural, tan humano é inimitable, que excluye toda idea de invención y superchería.

Como otros escritores de nuestras provincias septentrionales, Trueba tenía horror á la emigración, al abandono de las caricias maternas por la incierta fortuna con que sueña la desatentada juventud; pudiéndose afirmar de algunos cuentos suyos que no son sino comentario de aquella exclamación de Lista:

¡Dichoso el que nunca ha visto  
Más río que el de su patria,  
Y duerme, anciano, á la sombra  
Do pequeñuelo jugaba!

El que va para las Indias, parece que lleva consigo la maldición del cielo; pierde las afecciones y costumbres de su infancia, se engolfa en el piélagos de los agios comerciales, y adquiere sus riquezas á costa de las del alma. Los indianos de Trueba, ó son la escoria del país, ó corren inexpertos tras de su propia desventura, presentándose en uno y otro caso bajo un aspecto sombrío y desconsolador. Sólo Pereda le ha excedido pintando algo, si no más triste, más repugnante en la amarguísima sátira de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. Pero la inquina del primero no parece dirigirse únicamente contra las tierras de allende los mares, sino que también se extiende á las ciudades de Castilla, y sobre todo á Madrid. Podrá haber, y hay de hecho, en tales quejas su parte de exageración; pero resulta al cabo muy disculpable si se la considera nacida de predilección santamente egoísta al suelo natal y á los sabores y olores de la *tierruca*.

Esta predilección no llega á confundirse con el exclusivismo, porque también supo Trueba cambiar el escenario de su montaña por el de las llanuras de Castilla, pintando bajo otra forma la grandeza y el heroísmo, las virtudes modestas y la desconocida ventura.

En los *Cuentos campesinos* hay tanto que sentir y admirar como en los mejores de Trueba, con no hacerse casi mención en ellos de las costumbres vascongadas. *La felicidad doméstica* es un cuadro tan natural y tan ingenuo, que no descubre el más mínimo rastro de esa afectación de que tanto hablan los críticos, á quienes pueden contestar con sus personas *El tío Cachaza* y compañeros. Para hacer reír á quien no tenga ganas ahí están *Los Tomillareses* con el Conde de Picos-Altos, donde se retratan al vivo la fatuidad pedantesca de los que especulan con la candidez de los pueblos. Nada, en fin, cabe idear más dramático y sentido que *Los borrachos*, cuento en que Trueba se excede á sí mismo, y que nadie acaba de leer sin lágrimas en los ojos ante la horrible tragedia final con que quedan castigados los vicios y condescendencias del desdichado Lorenzo.

Las *Narraciones populares*, los *Cuentos populares*, y algunos otros sueltos y por el mismo estilo, constituyen una variante muy digna de consideración en las obras de Trueba. Más curiosos que sentidos, con más ingeniosidad que belleza descriptiva, desenvuélvense en el país abstracto donde coloca el vulgo todo lo que finge; y aunque alguna vez parecen circunscritos á determinada localidad, nunca es para reproducirla y grabarla en el ánimo del lector. Las fábulas inventadas por la experiencia y el conocimiento de la vida, los relatos fantásticos con que se embellece el prosaico mundo en que nos movemos, las inocentes mentiras con que la piedad ha procurado sensibilizar los misterios y verdades de la religión, tales son las fuentes de donde sacó Trueba esta porción de sus cuentos, tan apreciable acaso aunque no tan apreciada como las demás. ¿A quién no cautiva aquella credulidad infantil que se trasluce en la descripción de pormenores, en los razonamientos y en el estilo del autor? Y cuando quiere ser malicioso en medio de su candidez cons-

tante, ¿no parece convertirse en un nuevo La Fontaine, con sus inimitables y al parecer antitéticas perfecciones? De mí sé decir que he recordado muchas veces la *naïveté* del gran fabulista al leer los *Cuentos y Narraciones populares*, y no conozco autor alguno que le vaya tan á los alcances como Trueba, quien probablemente no pensó nunca en imitarle.

Hasta tal punto se identificó el simpático autor vascongado con lo humilde y lo pequeño en todas sus fases, que no acertó á escribir novelas de verdad, aunque otra cosa indiquen las proporciones materiales de algunas de sus obras. No hablemos de *Las hijas del Cid*, una de las más sosas imitaciones que ha engendrado la afición al género de Walter Scott. *Marisanta* y *El gabán y la chaqueta* bastan para demostrar, por distinto camino que *Las hijas del Cid*, las escasas dotes, por no decir la incapacidad de Trueba como novelista. Digase de *Marisanta* que es un panorama deleitoso de bellezas morales y artísticas; pero ¿dónde está el núcleo, la acción y la unidad propios de la novela? ¿Cómo encontrarlos tampoco en el truncado relato, y en las interminables digresiones de *El gabán y la chaqueta*, reconociendo y todo los primores característicos de estos que apenas me atrevo á llamar pecados ni caídas? No era esclava Fernán Caballero del *interés* en que tanto adoran los lectores indoctos; pero sabía excitar otro más difícil y más esencial para el novelista: el que resulta de la verdad, representación y consecuencia en los caracteres, y así fué algo más que una insignie escritora de costumbres, al paso que Trueba ni ha tenido otro renombre, aunque ése sea tan merecido y envidiable.

Ahora veamos los cargos de sus censores, comenzando por el más irritante y repetido, que es el de afectación y sensiblería, injustamente atribuidas á los cuentos de *Antón el de los cantares*, sobre todo los consagrados á la descripción de su país natal. Hay corazones

de hielo que tienen por ridículo todo lo que es tierno y afectuoso, y miden las afecciones de los demás por el rasero de las propias; hay críticos que traducen por zalamerías y ñoñeces los que en Trueba son desahogos legítimos del sentimiento, y sonríen desdeñosos ante el candor y la inocencia. Iluso y optimista llaman otras veces al autor por haberse empleado en pintar las costumbres de un pueblo modelo; mas como esos señores, ó no lo reconocen tal, ó no lo han visto, ó se empeñan en su negativa *porque sí*, juran que ese pueblo no existe sino en la fantasía de sus admiradores. Pero cabalmente el distintivo de Trueba es el realismo, á veces exagerado, que coloca á par de la virtud el vicio, y descubre en la vida rural, no sólo sus encantos, sino también su parte más prosaica, desconocida para los forjadores de églogas é idilios empalagosos; salvo que con no faltar á la verdad, con no omitir Trueba nada en sus descripciones, brota de ellas cierta hermosura ideal, de que sin motivo ninguno se le hace cargo como si fuese defecto imperdonable.

No hay forma de demostrar á muchos ignorantes presumidos de doctos que en España existen aún residuos de las virtudes y grandezas de otros tiempos. Trátase de visionarios á los que en ellas creen, á los que las ven y las admiran, cuando, en lo que á Trueba se refiere, habría podido las más veces citar los tipos y originales cuyos retratos nos ofrece en sus narraciones; tal es el sello de fidelidad y exactitud que las avalora. Caso de ser exclusivamente obra de su imaginación, descubrirían en él, si no las dotes de observador entendido, algo más admirable é infrecuente: el genio creador de los grandes artistas, con lo que nada perdería en el cambio.

Pero hay otro argumento más decisivo á favor de Trueba, y es el que resulta de compararle con los exageradores y profanadores del sentimiento, con los novelistas y dramaturgos á la *larmoyant*, plaga de todas las

literaturas, y principalmente de la moderna. ¿Qué relación existe entre la naturalidad encantadora y casi extremada del uno, y los artificios y melindres de los otros, entre aquellos personajes tan aproximados á la realidad, y estos muñecos de cera, en que parecen resortes mecánicos los impulsos de la pasión? Las lágrimas que tal vez arrancan las tramoyas de falso sentimentalismo á algún lector inexperto tienen mucho de pasajeras é intranquilas, mientras la impresión que sabe Trueba llevar al ánimo es á un mismo tiempo reposada y honda, y hace asomar las lágrimas á los ojos, á la vez que el corazón rebosa de alegría y de ternura. No negaré que algunas veces decae, y que el apasionamiento por las cosas de su tierra le conduce á censurables extremos; pero esto no es sistemático, ni mucho menos obedece al propósito de desfigurar á sabiendas la verdad con el fin de *hacer efecto*, como suele ahora decirse. Trueba era incapaz de estas mentiras literarias; sólo expresa lo que siente, y si hay en ello falsedad ó exageración, él fué el primer engañado. ¡Oh, y cuán disculpable no aparece, por todos los aspectos, el idealismo que se le atribuye, hoy que la novela se harta con las heces de la lujuria y del crimen, ayudando con sus ínfulas docentes al absurdo determinismo materialista! No lean, no, esos libros escritos con el alma los que en ella no creen, los que niegan la existencia y hasta la posibilidad de la virtud; pero, gracias á Dios, no le faltan ni le faltarán admiradores al pintor insigne de las montañas eúscaras <sup>1</sup>.

Cuando eran más leídos en España los de Trueba daba á luz sus cuentos en varias publicaciones, frecuentemente á beneficio del anónimo, el infeliz Carlos Rubio <sup>2</sup>, que sin duda debió de proponerse por modelo

<sup>1</sup> Actualmente le imita con bastante exactitud D. Ricardo Becerro de Bengoa, que ha sido á la vez el mejor biógrafo de Trueba.

<sup>2</sup> Coleccionados más tarde en un volumen. Madrid, 1868.

á Hoffmann, Andersen ú otros autores por el mismo estilo, según es de fantástico el que comúnmente emplea ni más ni menos que la relación y los personajes, todo ello perteneciente á regiones nunca descritas por los geógrafos, cuando no á las de la alegoría retórica y el simbolismo.

Eduardo Bustillo <sup>1</sup> no se aparta sistemáticamente de la tierra firme de la realidad ordinaria, y acierta á hallar la belleza en los centros sociales de donde parece haberla desterrado la prosa de la igualdad. También preocupa á Bustillo la tarea de enseñar, aunque no suelen ser escabrosas sus moralidades. Con tales prendas se hermana un estilo terso, fácil y abrigado por reflejos de límpida y suave elegancia.

El General Ros de Olano personificó la antítesis más completa del genio literario meridional; en su prosa narrativa, más aún que en sus versos, se amalgama lo estrambótico con lo nuevo, y lo disparatado con lo profundo, constituyendo el total un logogrifo indescifrable, un caos de palabras sin sentido, una arquitectura peregrina coronada por la esfinge del misterio. A quien haya tenido aguante para apurar las mortales páginas de los *Episodios militares* <sup>2</sup> y *El doctor Lañuela* <sup>3</sup>, escritas con disolución de opio, se le puede entregar sin escrúpulo, como libro de entretenimiento, la *Analítica* de Sanz del Río. Es de ver el caudal de filosofía derrochada por Ros de Olano en pinturas anecdóticas de la primera guerra civil y de la campaña de Africa, pinturas que hubieran resultado interesantes con sólo copiar lo que en una y otra presencié como testigo de vista. Así y todo, se sufren mejor los *Episodios militares* que los esotéricos y ar-

<sup>1</sup> *El libro azul, novelitas y bocetos de costumbres*. Madrid, 1879.

<sup>2</sup> Madrid, 1884. Los referentes á la primera guerra civil se publicaron antes (1841) en el periódico *El Pensamiento*.

<sup>3</sup> Madrid, 1863.

chisutiles embolismos de *El doctor Lañuela*, aun después de saber que éste representa á los charlatanes embaucadores, y la extática Luz, amada y perdida por Josef, la esperanza porque lucha el hombre sin fruto, y los callos del clérigo D. Cleofás las miserias de la vida ordinaria. El cuento de Ros de Olano inspiró á Castelar una tanda de reflexiones poéticas dadas á luz en *La Discusión*, y varios otros artículos laudatorios á diferentes compadres del General, yendo muy en breve, y á pesar de todo, á engrosar las librerías de deshecho.

De más notoriedad gozaron los *Proverbios ejemplares* y *Proverbios cómicos*<sup>1</sup> de Ventura Ruiz Aguilera. Notables por lo ingenioso de la invención, por la limpieza del estilo, y á veces por la profundidad del sentimiento, aparte del fin moral que tanto preocupaba al autor en sus obras, fueron y serán leídos con agrado proverbios tales como *Antojarse los dedos huéspedes*, *Al que al cielo escupe en la cara le cae*, *El beso de Judas*, *Herir por los mismos filos* y *Amor de padre, lo demás es aire*. En cuanto á los *Proverbios cómicos*, no desmienten la buena condición de Aguilera, y lo inocente y bien intencionado de su sátira, en la que apenas si se descubre una gota de hiel. Críticos tan autorizados en la materia como Pérez Galdós han hecho de estas cortas é interesantes narraciones elogios que sería largo reproducir.

No he encabezado este capítulo con el nombre de Hartzenbusch porque sus *Cuentos*<sup>2</sup> son posteriores al primer período de su vida literaria. Ya imitando con habilidad de erudito consumado el lenguaje de los siglos medios, ya en esmerada prosa académica, siempre graba en estos fugaces rasgos de su pluma el sello de una corrección exquisita. El gusto narrativo de Hart-

<sup>1</sup> Dos tomos. Madrid, 1864.

<sup>2</sup> *Cuentos y fábulas. Segunda edición.* Madrid, 1862.

zenbusch debió de formarse más en la lectura de los autores alemanes que en la de los españoles, como denota su afición á lo maravilloso con cierto carácter que nunca hasta entonces había sido frecuente en España. Entre tales cuentos, alguno de extensión considerable, descuella indiscutiblemente *La hermosura por castigo*, donde la agudeza de ingenio y el primor de la invención se unen á lo intencionado de la fábula y al más exquisito buen decir. Joya de tanto precio ha sido antepuesta por Menéndez Pelayo á los mejores cuentos de Andersen, entre los cuales no desdiría, por lo menos, el de Hartzenbusch.

También he de citar las *Historias vulgares* con que desde hace ya mucho tiempo ha ocupado las columnas de las Revistas madrileñas, y sobre todo de *La Ilustración Española y Americana*, D. José de Castro y Serrano, sin fijar la atención del público no erudito. Los Antonios, Blases, Vicentes y otros personajes que figuran en tales historietas son de esos que encuentra uno en todas partes, sin que quiera yo fundar aquí una acusación contra el novelista. Hartas son las que formula mentalmente cualquier lector resignado de una historia vulgar (parece que el autor se ha hecho adrede crítico de sí mismo) contra la pesadez y monotonía que suele abrumarlas. No hay más sino que al Sr. Castro y Serrano le ha parecido que escribir largo es sinónimo de escribir bien, y que el toque de la perfección consiste en decir lo menos posible en el mayor número de palabras. Sólo así se comprende que á veces emplee tantas inútiles, cuando no incongruentes, que la acción y los héroes permanezcan *in statu quo* mientras diserta el autor sobre Agricultura, Administración ó Política, y que la parte accesoria ocupe el puesto de la principal. Los incidentes ordinarios de la vida hieren más la curiosidad y el sentimiento que estas *Historias vulgares*, en cuyos interminables párrafos se convierte el asunto en tema ó motivo para hablar sobre todas las cosas del

mundo visible. Léanse como prueba *El auxiliar quinto*, *Vicente*, ó cualquiera de las no citadas.

Es preciso reconocer que Castro y Serrano sabe comunicar á su prosa cierta rapidez y soltura muy agradables, pero mal empleadas. Sin la corrección de un académico purista, sin la majestad del antiguo lenguaje castellano, su estilo tiene no obstante la elegancia del moderno, tal como lo gastan los periodistas no adocenados.

El actual revistero de *La Ilustración Española y Americana*, Fernández Bremón, parece ir olvidando sus aficiones y laureles de cuentista, y lo es, no obstante, de tanta valía como otros más celebrados <sup>1</sup>. Imitador de Dickens, más bien que de los alemanes, hay en él mucho de personal y típico. Como si estuviese en su propio elemento vuela por los países, ya lóbregos, ya encantadores de la ficción, y son de ver la habilidad con que se sostiene en tales alturas, el interés que despiertan sus héroes y heroínas, la atrevida novedad de las situaciones y la característica belleza del conjunto. Quien haya acompañado á *Mr. Dansant, médico aerópata*, ó asistido á las curiosísimas escenas de *Una fuga de diablos* (dos de los primeros cuentos que insertó en la mencionada Revista) reconocerá la justicia de estos encomios, que deben hacerse extensivos á toda la colección.

Otra dió á luz el malogrado Carlos Coello de *Cuentos inverosímiles* <sup>2</sup>, en los que es más de celebrar lo peregrino del sistema inventado ó adoptado por el autor, que lo excelente del desempeño. Interpretando al revés la regla fundamental en el arte, del estudio y conocimiento del corazón humano, nos presenta á los hombres con instintos y caracteres diametralmente

<sup>1</sup> Madrid, 1870. *Cuentos*, Madrid, 1873. Segunda edición. Madrid, 1879.

<sup>2</sup> Madrid, 1878.

opuestos á los que suelen gobernarlos, y al mundo todo tal como no lo vieron ojos mortales desde Adán hasta la fecha. Ya se tome como simple capricho de ingenio, ya como embozada sátira de la realidad, la idea de los *Cuentos inverosímiles* no deja de ser aceptable.

El crítico valenciano D. Peregrín García Cadena trasladó á sus cuentos las cualidades que le distinguían, la sensibilidad extremada, el idealismo vago y nebuloso, y la encendida frase que tal sello de personalidad é independencia imprimen á todos sus escritos. *Las víctimas del ideal*, título genérico que da á una serie de peregrinas narraciones, *La ronda de mi tío*, y casi todas las demás, abundan en personajes abstractos, mejor diríamos pasiones personificadas, todos á cien leguas de la realidad, no teniendo otra sino la que les prestó la acalorada fantasía de donde brotaron.

Muy diferentes son los *Cuentos* de Narciso Campillo <sup>1</sup>, que sabe comunicarles la movilidad, gracia y travesura del genio español, y del andaluz en particular. Nada de obscuridades y pesadeces; allí es todo diafanidad y transparencia, desde el estilo desenvuelto y gráfico, hasta las consecuencias prácticas de la narración, que vienen á servirle de complemento. El desenfado de Campillo se parece mucho al de Valera, aunque debe de entrar por más en el parecido la coincidencia espontánea que la imitación. *El bergantín Caritá*, *Los tres perros*, *El tabaco*, *Una ganga* y *Las noches largas de Córdoba* se leerían con placer convenientemente expurgados; pero en las dos colecciones de Campillo se tropieza á lo mejor con rasgos dignos de Boccaccio, y con algún cuento incalificable por lo verde y antirreligioso.

Hace años que *La Ilustración Católica*, de Madrid, publicaba una tiernísima anécdota sobre la niñez de

<sup>1</sup> *Una docena de cuentos*. Madrid, 1878; *Nuevos cuentos*. Madrid, 1881.



Fr. Luis de Granada, referida antes por muchos de sus biógrafos; pero tan poseído del asunto estaba el incógnito autor, que *El hijo de la lavandera* se reprodujo innumerables veces. Desde entonces el P. Conrado Muiños se dió á escribir cuentos, y fué considerado por Trueba como uno de sus discípulos fieles y aventajados<sup>1</sup>. A él más que á ningún otro recuerdan la simpática candidez y el sentimiento profundo de *Los valientes*, *Dos cielos*, *Caridad*, *Ciento por uno*, *Las tonterías de Carlos* y *¡Si yo tuviese madre!*... El encanto de estas escenas se funda precisamente en la ingenuidad candorosa que llega al corazón con el irresistible atractivo del lenguaje y los recuerdos infantiles, retratados del natural y sin mezcla de elementos extraños, porque el autor no empuña la palmeta de pedagogo, inculcando, sin echarla de tal, las verdades eternas de la moral cristiana. Lo que algún descontentadizo podría tildar son ciertos asomos de exagerado idealismo y afectación sentimental, de que tan difícil es conservarse incólume, y en efecto, no me parecen limpios de esa mancha algunos diálogos que es innecesario especificar, y algún personaje como Carlos, el rival de Roque, tan inferior á éste en el terreno del arte como superior por sus angélicas virtudes. El P. Muiños ha acertado con su vocación, y superadas como tiene las principales dificultades, el tiempo y la experiencia harán lo demás.

La vena humorística de *Fernanflor*, que cuando se mueve libre y por sí sola ofrece á la vista mil caprichosos juegos, ya como lluvia de irisados matices, ya como corriente de revueltos giros, se resiste indócil á entrar en el cauce de un relato seguido y lógico. Así lo vienen á patentizar los *Cuentos rápidos*<sup>2</sup>, en los que las deficiencias de la observación, la inverosimilitud de los

<sup>1</sup> *Horas de vacaciones. Cuentos morales para los niños*. Valladolid, 1885. 2.<sup>a</sup> edición. Valladolid, 1886.

<sup>2</sup> Barcelona, 1886.

lances, y la incoherencia del fondo, contrastan con los chispazos de ingenio y la peregrina gracia de la frase. La sociedad madrileña tiene muy poco que agradecer á quien ha intentado retratarla en los bocetos satíricos de *La escalera*, *Final de acto*, *El número 6*, *Sorelita*, *El pobre Jacinto Pérez*, *La opinión*, etc., de los cuales se desprende que para el pesimismo de *Fernanflor* apenas existe nada bueno en la aristocracia ni en la burguesía, ni siquiera en la clase popular.

En el mismo año que los *Cuentos rápidos* salieron á luz los de J. López Valdemoro, Conde de las Navas<sup>1</sup>, á quien la condición de primerizo, ó quizá la sospechosa abundancia de libros semejantes al suyo en la cubierta, privó de contar con tantos lectores y entusiastas como pide la justicia. Tengo para mí que Alarcón hubiera firmado sin escrúpulo algunos cuentos de *La docena del fraile*, el primero y el último, verbigracia (*Tapón* y *La niña Araceli*). El desdichado *Tapón*, fruto del amor libre, alma heroica en cuerpo deforme, payaso á la fuerza, platónico adorador de una muchacha á quien arranca de las garras de un tigre, entregándose por ella á la muerte, sin merecer la más ligera señal de aprobación ó gratitud por parte de la hermosísima estatua de carne, y cumpliendo, ya cadáver, la promesa que había hecho de volver á visitar á la Patrona de su pueblo, simboliza una tragedia de las que no se ven ni se oyen referir sin emoción profunda.

Fuera interminable este capítulo si quisiese incluir en él los nombres de todos los que, con más ó menos fortuna, se dedican á escribir cuentos; mas, aparte de que para muchos<sup>2</sup> quedan reservados otros lugares donde podré hablar de ellos con amplitud y holgura, la restante mayoría no requiere particular mención. Me refiero aquí á los autores que, ó por seguir la moda, ó

<sup>1</sup> *La docena del fraile. Doce cuentos y una historia que lo parece*. Madrid, 1886.

<sup>2</sup> Como Alarcón, Valera, el P. Coloma, etc.

por exigencias editoriales, ó por otros motivos menos literarios, pervierten y vulgarizan un género que se les antoja fácil porque no han llegado á conocerle. De los cuentos libres y picantes, que tan desdichadamente abundan, no hay para qué hablar en un libro serio, como no sea para levantar la voz contra las segundas intenciones ó la desembozada lubricidad, que los convierte en obras de propaganda antisocial y antiartística.



## CAPÍTULO XVII

LA POLÍTICA Y LAS LETRAS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN  
DE 1868

—  
Cuadro sintético de la historia contemporánea.—El libre pensamiento y la democracia.—Las discusiones del Ateneo.—El periodismo.—Últimas modas en literatura.

**L**AS condescendencias peligrosas con el espíritu revolucionario, mal compensadas por la tardía represión que inútilmente ensayaron los últimos ministros de doña Isabel II, bastan á explicar cómo se desbordó la lava del volcán formado por los odios y las pasiones de partido, y á los antiguos pronunciamientos y á los motines de cuartel sucedió la tremenda crisis de 1868, cuyos resultados no previeron sus mismos adalides. Así que desaparecen de la escena el prestigioso valor de Narváez y el maquiavelismo de O'Donnell, toman cuerpo los fantasmas apocalípticos soñados por la intuición de Aparisi, se oye avanzar medroso el rumor de guerra y exterminio, y cruje en sus cimientos el aportillado edificio de la Monarquía española, cada vez más indefenso desde el día en que dió entrada á las libertades sin Dios.

El desgobierno imperante que desde el triunfo de Alcolea, con diferentes matices y formas, sólo atendió á halagar bajas pasiones é instintos populacheros, al